



Universidad y sociedad en el Perú: encuentros y desencuentros

Edmundo Murrugarra Florián*

Resumen

La universidad es el espacio para pensar y repensar los problemas de la convivencia humana. La reforma de la universidad en la primera mitad del siglo XX no planteó la cuestión de la colonialidad interna. En la segunda mitad se produjo un desencuentro. Los nuevos dirigentes universitarios no estaban preparados para asumir sus funciones. La crisis universitaria se extremó en los años ochenta. Como resultado, la universidad pública no tiene una propuesta de investigación.

Palabras clave: Universidad pública, colonialismo interno, multiculturalidad.

1. El drama del país nos interpela¹

El desconcierto en las alturas y la desconfianza generalizada entre la población y sus representantes de todo nivel es lo que constatamos en la conmocionada escena del país. Los medios, por su cuenta y sin riesgo alguno, distribuyen responsabilidades entre los distintos actores directos de la peripecia cotidiana. Casi nunca o muy pocas veces van más allá de la superficie en la búsqueda de la comprensión de los problemas. Por eso también son parte del problema. En la universidad tenemos que hacernos cargo del vendaval de información para sumergirnos en su trasfondo y atrapar el significado de lo que pasa desapercibido.

La universidad pública tiene que sentirse interpelada por el drama del país y del mundo. Y el que vivimos estos días de bonanza de las arcas fiscales anuncia un conmovedor horizonte cuando bajen esos precios. Corresponde a la universidad concurrir al debate de los pueblos con su aporte específico, el de la ciencia y la tecnología, para imaginar otro país y otro mundo posibles. Para ese fin es menester que ella ensaye en voz alta y de cara al país la reflexión sobre sí misma. Que abra en su historia un capítulo en el cual se aplique a sí misma los métodos de la investigación científica que hasta el momento, sintomáticamente, no ha hecho.

La primera pregunta que nos hacemos es si la universidad es el espacio de producción de saberes, ¿cómo es que sus egresados no saben –no sabemos– definir los problemas, analizar las relaciones entre sus componentes y variables y proponer opciones de solución? Tanto los relativos a la producción de bienes y servicios como los relativos a la organización de la convivencia democrática. Es natural entonces que sospechemos que lo que llamamos crisis de la universidad tenga que ver directamente con el amasijo de problemas que no atinamos a definir ni resolver nosotros los universitarios. Aunque los medios no se detengan en el tema, nosotros sí debemos preguntarnos por la relación entre lo que hacemos en las universidades, las públicas en primer lugar, y lo que hacemos los egresados que asumimos responsabilidades como autoridades o como líderes políticos, productivos o culturales, o simplemente como ciudadanos.

¿Cuál, sino es la universidad, puede ser el espacio para pensar y repensar los problemas de la convivencia humana en el país y en el mundo? Es cierto, a su lado han surgido muchas instituciones que también producen saberes y concurren a la formación ciudadana y de los líderes de una comunidad. Pero en tanto permanece, aunque su relevancia haya disminuido, tenemos que hacer en su seno el ejercicio de interrogarnos por la naturaleza de los encuentros y desencuentros entre la

¹ Las opiniones son del autor y no comprometen las del Consejo Nacional de Educación.

universidad pública y su matriz de la que es parte, la sociedad.

2. Primera mitad del siglo XX: la universidad pública va al encuentro del país

Están ya lejanos los días en que la universidad pública peruana, San Marcos en primer lugar, fue el espacio donde los ciudadanos más sensibles de las nuevas clases medias, profesores y estudiantes, trabajaron el imaginario de la modernidad del país. El movimiento es conocido como Reforma Universitaria, pero en realidad la faceta universitaria fue una de las expresiones del movimiento político que, gestándose después de la derrota en la guerra del salitre con Chile, sacudió al país en la segunda década del siglo XX. La aspiración del país por su modernización se había manifestado antes con la fundación de la Escuela de Ingenieros, la Escuela de Agricultura y el Instituto Pedagógico al comenzar el siglo. El pionero movimiento universitario del Cusco en 1908 es una de las primeras expresiones de la renovación en marcha. El apoyo popular a la elección de Billinghurst en 1912, un disidente de las familias oligárquicas, expresa y abona esos cambios. Todo lo cual culmina en las movilizaciones obreras exitosas en 1919.

El significado particular que tiene la reforma de la universidad es que se produjo en el espacio institucional donde se inculca o cuestiona la matriz de las mentalidades, el espacio institucio-

nal que formaba las elites civiles oligárquicas gobernantes. La nueva visión del país que propuso este movimiento a través de la reforma universitaria se plasmó en los aspectos básicos de los programas de los partidos políticos modernizadores de nuestro siglo XX. Figuraban en sus idearios y programas la industrialización, el desarrollo de la ciencia y la tecnología, la educación gratuita, la eliminación de las instituciones de servidumbre en el agro, la modernización del estado superando su naturaleza patrimonialista y asumiendo la republicana, un papel activo de éste en la promoción del desarrollo económico y la redefinición de sus relaciones con los estados dominantes del mundo.

Es cierto que los líderes reformadores de las primeras décadas del siglo XX plantearon explícitamente, aunque con diverso enfoque, la cuestión de la colonialidad interna o sea la dominación/subordinación de las poblaciones indígenas. Lo hicieron, sin embargo, dentro de la concepción moderna de asimilación de esos pueblos a la cultura dominante, como parte de la construcción de la nación culturalmente homogénea. Sólo algunos de ellos como Castro Pozo y Mariátegui formularon propuestas que se situaron en el borde de la modernización y la descolonización. Por ejemplo, hacer de la comunidad indígena la forma de organización básica de la nueva sociedad, que se ubicaba bordeando las reivindicaciones nacionales particulares de los pueblos colonizados.

El movimiento reformista asignó a la universidad pública tres funciones:

- a) Desarrollar ciencia y tecnología.
- b) Formar profesionales en ese espíritu y con las competencias necesarias para la modernización del país, y de acuerdo a ello profesores y currículo deberían cambiarse.
- c) Formar los líderes para la renovación social y cultural.

Las garantías básicas que reclamó para ese efecto fueron, por un lado, la autonomía respecto del control que ejercían los gobiernos oligárquicos a través del Ministerio de Educación y, por otro la vigilancia de los estudiantes mediante su participación con un tercio de delegados en los órganos de gobierno.

Este cambio que empezó a darse en la universidad pública la convirtió en uno de los espacios centrales para la modernización de la sociedad oligárquica. Los otros espacios importantes fueron los centros productivos modernos mineros, industriales y agrícolas donde los trabajadores empezaron a organizar los sindicatos y la prensa renovadora en los ámbitos regionales y nacional. Los líderes estudiantiles vieron en ellos a los aliados de su movimiento y desde el inicio promovieron con ellos tanto actividades culturales como actividades de lucha por derechos sociales y políticos. En ese espacio se formó el grueso de los líderes culturales y

políticos del siglo y allí germinaron las semillas de los partidos políticos modernos peruanos.

Poco a poco la visión reformista modernizadora del país se abrió paso entre los estudiantes y un creciente número de profesores, pero sin llegar a triunfar y reemplazar a la antigua matriz de las mentalidades oligárquicas en la estructura de la universidad y en el trabajo de los profesores y estudiantes. Sobrevivió la mentalidad forjada en la colonialidad y su expresión pedagógica: el dogmatismo de la autoridad incontrastable de los textos consagrados por la cultura de las metrópolis dominantes de turno. La visión positivista que convocaba la búsqueda de los hechos y datos de la realidad como camino para desarrollar ciencia y tecnología no pasó de aislados esfuerzos de muy contados profesores.

Lo anterior se expresó en el mantenimiento de viejas estructuras curriculares donde el esquematismo conceptual de los cursos se resistía a la irrupción de la práctica de laboratorio y de campo como componentes centrales para organizar la actividad pedagógica. En la inmediata etapa de la segunda guerra mundial, la Universidad de San Marcos bajo la dirección de profesores reformistas respondió al proceso de modernización en marcha con la creación de tres facultades, Medicina Veterinaria, Química y Educación. La primera requerida por la antigua demanda planteada por la diversificación ganadera

que venía haciendo la acumulación terrateniente y sobre todo la inversión extranjera en ganado ovino y luego vacuno complementaria a sus inversiones mineras. La de química para atender las incipientes necesidades del proceso de industrialización y la de Educación para la formación de maestros de educación secundaria por la multiplicación de estudiantes egresados de primaria y aspirantes a incorporarse a la universidad.

El quehacer al que se dedicaron estas tres facultades muestra claramente el patrón de crecimiento y diversificación universitaria marcado por la pasiva adaptación a la demanda de servicios de mantenimiento tecnológico de las actividades productivas donde invertía el capital extranjero y la gran acumulación nacional, pero no a los aspectos científicos y tecnológicos de base para promover esas manifestaciones del desarrollo. Dentro de la subordinación del país, la universidad iba al encuentro del nuevo aparato productivo, pero a pesar de eso, todavía sufriría otro retroceso.

3. Segunda mitad del siglo XX: el gran desencuentro entre universidad y país

Recién en la segunda mitad de la década de los cincuenta del siglo pasado el programa modernizador elaborado a comienzos de siglo se hace hegemónico y empieza a traducirse en políticas de estado. Desde la segunda posguerra, paralelamente a extensas y vigorosas incursiones

democratizadoras desde abajo contra las fuerzas y cultura oligárquicas, aparecen sectores modernos de las clases dominantes que promovieron la legislación proindustrial, aceptaban el cambio en las relaciones serviles en el campo, y la generalización de la educación. A nivel mundial se había instalado la rivalidad al borde de la guerra entre la URSS y EE.UU. En esa atmósfera se dio una las medidas más importantes para la modernización del estado, el derecho al voto para las mujeres con lo que se eliminó una de las dos grandes exclusiones del régimen político oligárquico. Y aunque la lucha de los pueblos indígenas fuera la principal fuerza de las que desde abajo socavaron el viejo orden oligárquico, la cuestión de su dominación colonial interna no logró pasar al centro de la agenda política. Solo se retuvo un aspecto, la reivindicación económica. La reforma del agro latifundista sí se instaló en la agenda pública y a la población indígena se la convidaba a la escena oficial nacional pero como campesinado, no como cultura y pueblos dominados.

La tardanza del Perú en convertir en hegemónicas –recién a comienzos de la segunda mitad del siglo XX– las ideas modernizadoras y en traducirlas en políticas de estado tuvo una seria consecuencia para la vida universitaria. Ante la debilidad o ausencia de otros espacios modernos en la sociedad, la universidad fue hasta iniciarse el último tercio del siglo uno de los pocos sino el principal espacio de lucha política por esa modernización.

No solamente fue la cuna de los partidos modernos sino que siguió siendo hasta entonces el refugio tolerante de la actividad democratizadora de estudiantes, profesores contestatarios e incluso de líderes políticos no universitarios. Por eso mismo, los gobiernos buscaban el control político de la universidad al igual que los partidos políticos para hacerla componente de su estrategia de poder. Su papel de campus de batalla política² dejaba poco espacio al papel de campus de lucha en la investigación científica y tecnológica. Este rasgo ha sido un aspecto destacado de la historia de la universidad casi hasta nuestros días. Como formadora de las elites dominantes tenía que ser el escenario de disputa permanente por las fuerzas sociales subordinadas para preparar sus propias elites. Y cuando los sectores populares irrumpieron masivamente en la universidad pública las fuerzas oligárquicas no tuvieron posibilidad de seguir controlando su gobierno y optaron desde entonces por abandonarla a su suerte para desarrollar el sector privado.

Al comenzar la década de los sesenta se dictan las medidas que enarboló casi medio siglo antes el movimiento reformista universitario. Paralelamente se dieron las medidas del programa modernizador en otros campos de la vida social. En cuanto a la universidad, se elevó a categoría

universitaria a las escuelas de ingenieros (hoy UNI) y la de agricultura (hoy UNALM) y se introdujeron disposiciones que modificaron significativamente la vida universitaria, entre ellas la participación de los estudiantes en el gobierno de la universidad y la autonomía respecto del Ministerio de Educación.

Como no estaba instalada en la vida del país una cultura política democrática, los estertores del ocaso de la cultura política oligárquica que fenecía dieron manotazos como fue la clausura en 1960 del experimento más innovador en la formación universitaria de maestros en la Cantuta. Se la devolvió al control del Ministerio de Educación. Por otro, los nuevos actores sociales que llegamos masivamente a la universidad, no proveníamos de capas sociales con cultura y práctica académicas, y, como el resto de peruanos, tampoco teníamos cultura democrática que apenas germinaba en las ideas. Por ambas razones, tanto por la resistencia del moribundo orden oligárquico como por la participación de las nuevas oleadas de la juventud que carecían de cultura académica, la vida universitaria tendió a centrarse en los vaivenes de la vida política protestataria. El paso siguiente fue instrumentalizarla en las estrategias de toma del poder. Con lo cual los mismos actores nuevos que deberíamos haber estado interesados

² Un libro de uno de los rectores de la UNI, Javier Sota Nadal, lleva precisamente ese irónico título de *Universidad, campus de batalla*.

en aprovechar la autonomía para el desarrollo de ciencia y tecnología la cancelamos al reducirla al espacio de lucha inmediata por el poder.

El drama que de esa manera se instaló en la universidad pública se resume en que al mismo tiempo que se la dotó de las normas reclamadas medio siglo atrás para su modernización, los factores señalados llevaron a que la institución universitaria pública no aplicara a sí misma el cambio de sus patrones de organización institucional ni de sus patrones epistemológicos y pedagógicos modernizadores. En el caso de San Marcos, notables rectores como Villarán, Encinas, Sánchez o destacados profesores como Basadre, Salazar Bondy y Hurtado intentaron importantes innovaciones modernizadoras que no prosperaron o no tuvieron continuidad.

La universidad pública vive, pues, desde los sesenta una gran contradicción. Por un lado, la ejecución del programa modernizador en el país significó un encuentro con la universidad que lo enarbó medio siglo antes, pero por otro, el tardío triunfo de esos cambios significó que la universidad pública —sus principales líderes— no privilegiara el desarrollo de la ciencia y tecnología y la formación de los jóvenes en ese espíritu. Al haber permanecido por tan largo tiempo como el acogedor refugio de las ideas y movimientos políticos modernizadores dejó de serlo para las dos funciones que ese mismo pensamiento modernizador le asignaba.

En esa dinámica, la cultura universitaria fue identificando autonomía administrativa y académica de la universidad con aislamiento de las instituciones estatales encargadas de promover el desarrollo. Como respuesta las elites económicas y los gobiernos optaron por negligir primero y abandonar después a la universidad pública como institución encargada del desarrollo de ciencia y tecnología y de la formación de profesionales con la mejor calificación. Una rápida mirada a la historia presupuestal per cápita no deja lugar a dudas.

En cuanto al trabajo universitario mismo, a pesar de que el programa modernizador haya sido asumido por la mayoría de las nuevas elites nacionales tanto dominantes como populares, se lo hizo cuando la cultura universitaria se movía aún con patrones epistemológicos de la dogmática idealista. Por eso la universidad pública no pudo convertirse en el hogar de un vigoroso movimiento de investigación científica y tecnológica que acompañe al proceso de modernización e industrialización. Las grandes escuelas tecnológicas fundadas a comienzos del siglo, luego convertidas en universidades, se mantuvieron dentro de la aplicación local de conocimientos importados para fines de operar y mantener las nuevas tecnologías. El trabajo de investigación, creador en esencia, no se estableció como el piso cultural que contribuyera a formar las personalidades de profesores y de estudiantes. Por eso, lo que cambió en nuestra

cultura académica fueron los textos consagrados. A los preferidos por los intelectuales oligárquicos se los reemplazó por textos de Marx divulgados por autores de los países socialistas y textos de Mariátegui leídos como eso, como textos sagrados reveladores de la verdad.

A pesar de los esfuerzos de algunos profesores por acercarse a la realidad del país, la pedagogía universitaria se mantuvo anclada en la memorización conceptual de los textos tal y como lo denunciaron los reformadores de 1919. Es comprensible por eso que la vida intelectual de nuestra universidad haya pasado del dogmatismo idealista o escolástico al dogmatismo que se reclamaba marxista. Carlos Iván Degregori llamó a este fenómeno “la revolución de los manuales” para referirse a los textos provenientes de la URSS o de China y que los grupos de estudiantes más activos recitaban tan igual como se recita los textos bíblicos u otros libros sagrados en las iglesias de toda denominación.

En la década de los sesenta varios debates modernizadores conmovieron la vida de la primera de las universidades públicas, San Marcos. Voy a dar una breve noticia de ellos porque hasta la fecha no han sido objeto de un detenido estudio. El primero fue el debate generado en San Marcos y en el país por la oposición de los profesores de la Facultad de Medicina a la aplicación del tercio estudiantil en el gobierno de la universidad y la insistencia estudiantil

en que no se recorte esa conquista. El argumento de los profesores de medicina afirmaba que la participación tal como lo reclamaban los estudiantes afectaría elevar el nivel académico de educación universitaria. Ante la movilización estudiantil y la aceptación de su pedido por el Parlamento, la casi totalidad de los profesores de esa Facultad renunció para ir a formar la actual Universidad Cayetano Heredia. El fracaso del intento de hacer compatibles participación democrática de los estudiantes y búsqueda de altos niveles académicos fue una de las más severas derrotas de los intentos de modernización. Ha sido el mayor desgarramiento de la vieja San Marcos en el siglo XX.

El segundo debate fue el originado por la creación de la Facultad de Estudios Generales. Ante la multiplicación, dispersión y autonomización de facultades y las carencias de formación con que llegaban los estudiantes, un equipo de profesores encabezados por Augusto Salazar Bondy elaboró el proyecto de Facultad que ofrecería a toda la universidad la formación de base para luego proceder a sus estudios de especialización en cada facultad. Una constelación de profesores conservadores y dirigentes estudiantiles de izquierda terminó derrotando el proyecto. La segunda derrota de los esfuerzos modernizadores de San Marcos en la misma década.

Un tercero fue el desencuentro entre el proyecto modernizador autoritario del Gobierno Militar que se instaló

en 1968 y el movimiento estudiantil y un sector de profesores con larga tradición de sospecha y hostilidad hacia la institución castrense. Además de necesitar aliados para su enfrentamiento con los restos oligárquicos, con los partidos políticos y con sectores del Gobierno Norteamericano, el Gobierno Militar necesitaba contar con instituciones encargadas de desarrollar ciencia y tecnología para sustentar el esfuerzo industrializador. Para esos fines se acercó al movimiento estudiantil y a la universidad. Contó para ello con el apoyo de profesores que antes habían promovido la Facultad de Estudios Generales en San Marcos.

Dictó una ley universitaria que, entre otras cosas, estableció exigentes requisitos académicos que deberían cumplir los representantes estudiantiles en los órganos de gobierno, organizó la vida académica en departamentos y programas que reemplazaron las facultades e hizo flexible para el estudiante la opción curricular para su formación profesional. Primó, sin embargo, la hostilidad estudiantil general y de los profesores ligados al Partido Aprista en particular por cuanto el golpe de estado afectó las posibilidades de su partido de seguir compartiendo el poder. Los intentos de acercamiento fracasaron y el Gobierno Militar procedió a crear instituciones para el desarrollo de ciencia y tecnología en cada uno de los ministerios, que pronto quedaron sin recursos y algunos desactivados.

4. Los ochenta: dramáticas consecuencias del desencuentro entre sociedad y universidad

Cerrado el intento desarrollista autoritario del Gobierno Militar con una severa crisis, la sociedad y los partidos políticos vivieron un profundo desconcierto que terminó en el colapso del sistema de partidos que no supieron encarar –y menos resolver– los nuevos, gravísimos problemas del nuevo Perú. La postración de la empresas públicas y los severos desequilibrios de las finanzas públicas necesitaban urgente remedio. La dependencia creciente de las finanzas nacionales del endeudamiento externo aparecía crecientemente asfixiante. La educación básica, que cubrió ya a la casi totalidad de la población, y la superior (a gran parte de ella) sufrieron un proceso de creciente deterioro en su calidad. La población indígena, que recuperó sus tierras en el campo e inició allí y en las grandes ciudades a donde migró su proceso de cholificación cultural, se movía como lo hace hasta la actualidad apenas en la supervivencia de la micro y pequeña producción de bienes y servicios de bajísima productividad y por eso de bajísimos ingresos. A todo esto se agregó que Sendero Luminoso y luego el MRTA –cuyos líderes habían salido de las universidades públicas y privadas– desataron la guerra terrorista, respondida a su vez con políticas represivas prestadas de la guerra sucia de los países del cono

sur. Obsoletos la visión y el programa modernizadores, la vida pública quedó vacía de mínimos elementos de visión y programa nuevos, por lo tanto, sin criterios éticos para la vida en común y el manejo de los recursos públicos.

En los ochenta y los noventa las respuestas que el sistema de partidos políticos dio a los nuevos problemas del país fueron todas desastrosas. Los partidos de centro derecha importaron una combinación de ideas económicas del viejo liberalismo con el paulatino abandono de la conciencia y voluntad nacionales construidas durante todo el siglo. Las elites empresariales aceptaron la destrucción de esos logros invocando el evangelio del libre mercado que en los noventa combinaron con las más toscas y corruptas formas de autoritarismo. En el centro, el APRA, que llegó por primera vez al gobierno, repitió el viejo programa ya agotado en la década anterior lo que llevó al país a uno de sus peores desastres económicos. Y la izquierda, sin poder superar sus viejos esquemas de lucha por el poder y desconfianza hacia la democracia, no tenía otra propuesta para la situación que mucho más de lo mismo de la década anterior.

Quedaron, por lo tanto, sin atender las tareas de reinventar el Estado y la redefinición de su papel del desarrollo, de frenar la inflación, imaginar un nuevo aparato productivo con autonomía alimentaria que reinstale a la agricultura y la biogenética de milena-

ria tradición, así como a los procesos de industrialización derivados, en el centro de la tarea de empoderamiento de los pueblos y culturas subordinados, la renovación educativa con el acercamiento a la producción y la incorporación en su seno de las culturas subordinados, la redefinición y relanzamiento del proyecto nacional en el área andinoamazónica para insertarse de manera autónoma en las relaciones con los países dominantes y la correspondiente reestructuración del Estado para esas tareas. Si a esto añadimos el que la guerra desatada por Sendero Luminoso y el MRTA no encontró la respuesta contundente de la izquierda, matriz de donde salieron esos grupos y primera víctima de su accionar, tenemos las condiciones que erosionaron sistemáticamente la frágil democracia y llevaron al colapso el sistema de partido de nuestro siglo XX.

Los dirigentes de los partidos y los más altos funcionarios de gobierno que no pudieron –pudimos– encarar y solucionar estos problemas provenían –proveníamos– de las universidades, públicas y privadas. Una brevísima mirada a un aspecto de lo que ocurría en las públicas nos permite comprender por qué las sucesivas capas de egresados que asumen responsabilidades de todo tipo están cada día peor equipados para esas tareas. Digamos unas palabras a la multiplicación de facultades y carreras.

Sin cuestionar los supuestos filosóficos modernos para la organización

de la universidad en facultades se aceleraron en las últimas tres décadas dos tendencias. La primera fue seguir multiplicando facultades siguiendo los linderos de cada disciplina. El resultado fue el debilitamiento de las facultades básicas de la universidad, la de ciencias y la de letras o humanidades. Simplemente se siguió hasta el extremo el ya cuestionado supuesto moderno de que la realidad podía subdividirse al infinito sin que por eso cada parte pierda su esencia. Con cada subdivisión se levantaba mayores dificultades para la comprensión de los fenómenos objetos de estudio y por lo tanto para imaginar su solución. La creación de facultades y carreras aparece a primera vista como una respuesta a la demandas del mercado de profesionales. Y lo es. Pero no fue ni es la respuesta adecuada. Ha sido una pasiva adaptación al mercado en sus manifestaciones más superficiales.

Porque cada profesional egresado de esas facultades y carreras parceladas tendrá una comprensión cada día más pobre de la realidad; porque esta, la realidad, ha sufrido las escisiones, los cortes o acotamientos que fundamentan cada facultad y cada carrera. Y con cada corte se pierde de vista las relaciones con las otras parcelas y con el todo. El crecimiento de facultades y carreras opera con los viejos supuestos filosóficos que fundaron la modernidad. Son los que ahora están en cuestión porque carecen de sustento en sí mismos y porque lo muestran los resultados destructores

y amenazadores para la vida misma. Cada vez nos hemos alejado más de los esfuerzos que se hicieron anteriormente para buscar una formación básica general de todo estudiante antes de ir a la especialización.

La otra tendencia fue confundir, sin diferenciarlas, las facultades dedicadas a las áreas de conocimientos básicos como ciencias, humanidades o letras, con las facultades dedicadas a saberes instrumentales u operativos cuyos profesionales, es cierto, cada día que pasa son más solicitados por los aparatos de mercadeo de bienes y servicios de las grandes transnacionales que pueblan nuestro mercado. Poco a poco las facultades de ciencias básicas y de letras o humanidades han quedado debilitadas y pasan casi desapercibidas en el bosque de facultades de la universidad pública y privada. Con lo cual está sellada y sacramentada la situación de subordinación permanente del país a la producción de saberes de los países del centro hegemónico, relegándonos a la de operadores de tecnología importada.

Poco a poco hasta de los discursos desaparecieron los reclamos de Mariátegui de no calcar ni copiar modelos y el de Haya de la Torre de imaginar para nuestro espacio y tiempo propuestas teóricas adecuadas y las soluciones consiguientes. La universidad pública no tiene oferta de investigación y formación para atender los grandes problemas que vivimos los peruanos, razón por la

cual hemos caído desde entonces en un profundo desconcierto y confusión. Las universidades extranjeras pueden ayudarnos en el entrenamiento para el empleo de los procedimientos científicos y tecnológicos, pero no en los criterios éticos fundamentales que son los que permiten percibir y definir esos problemas.

En cuanto a organización académica y fiel a la costumbre de pueblos sin memoria, la universidad pública en los ochenta simplemente restauró la vieja organización facultativa haciendo borrón y cuenta nueva de las experiencias de períodos anteriores. Y en los noventa, junto al aparato de seguridad para combatir la subversión terrorista, sólo recibió alguna obra pública e intentos autoritarios, y por eso ineficientes, para mejorar la administración.

5. Cambiar la sociedad y la universidad pública

El desbordado vendaval de conflictos que parece querer sepultarnos muestra, sin embargo, la emergencia de fuerzas sociales y culturales hasta hace poco subordinadas por el viejo Estado y los partidos centralistas. En tanto subordinadas estas poblaciones surgen con graves carencias y heredan lastres de la vieja cultura política de la confrontación y la supresión del otro. Pero el bronco grito que profieren tiene el mérito de abrir la posibilidad de refundar una diversidad que no puede ser más aplastada por la represión sangrienta como en

siglos y décadas anteriores. Al alzar su voz, hasta hoy caótica, instalan la diversidad cultural como aspecto organizador de la convivencia entre nosotros y en el mundo. Es el rasgo que hizo a estos pueblos grandes creadores de una alta civilización frente a la civilización de la homogenización, la extirpación de idolatrías y exclusión del diferente que llevó activamente a cabo la modernidad occidental sin éxito entre nosotros y que hoy culmina con la cada vez más militarizada globalización capitalista. Por eso, al lado de la urgencia del cambio en la sociedad y en la universidad hay razones para afirmar la viabilidad del empeño precisamente en la presencia de fuerzas sociales y culturales nuevas.

5.1. Superar el rasgo colonial de la universidad e instalar el diálogo de las diferencias

Corresponde a la universidad instalarse en el diálogo con ellas y asumir desde allí las inmensas tareas que la hora actual plantea. Eso supone aceptar y criticar su esencia colonizadora desde su fundación y luego reafirmada desde el siglo XIX al amparo de la postulada superioridad del saber moderno, inmensamente poderoso para la producción y reproducción de las cosas pero a la vez inmensamente destructivo de ellas y de la vida y las culturas en el planeta. Surgen voces —como la de José Dongo del grupo Marca de Arequipa— que intentan oponerle a la vieja Universidad que busca y promueve el saber

único, la Multi-versidad, como institución que produce, difunde y forma los seres humanos en los saberes de las diversas culturas.

Esto significaría que a la conciencia y voluntad nacionales que acompañaron al proyecto de estado-nación que buscaba la unidad de lo homogéneo conviene reemplazarlas por una conciencia y voluntad basadas en la unidad de lo diverso. En lugar de la comunidad nacional homogénea construir la comunidad nacional de regiones que debe ser de pueblos y culturas. Lo cual nos lleva a redefinir el ámbito de esa comunidad. A la balcanización de los repúblicas oponerle militantemente la comunidad andinoamazónica de naciones. Retomar, dándole un nuevo contenido multicultural, el proyecto de los libertadores, de los ideólogos de comienzos del siglo XX y creadores como Arguedas

Esto significa que, en la atmósfera de desconcierto de nuestras elites políticas y económicas, instalemos la certeza chola y andinoamazónica de nuestra identidad y desde allí reorganicemos el Estado para hacerlo no sólo descentralizado sino multicultural que ya despunta en los acuerdos que, con el viejo estado centralista, dolorosamente logra la movilización de los pueblos, acuerdos soñados y pensados en la intimidad de las lenguas originarias.

Hace más de 40 años un profesor sanmarquino percibió y definió el

camino de la cholificación al que se volcaban los pueblos indígenas como medio de buscar su liberación. Desde esa identidad en formación es posible también imaginar la vida buena, lo deseable para nuestro día a día, nuestros gustos que congreguen las comunidades locales y encienden la alegría de sentirse reconocidos y no despreciados en su tierra. No hace mucho tiempo una prestigiosa revista internacional calificó a nuestro país como potencia gastronómica mundial por las maravillas que producen los saberes de nuestras cocinas regionales, base de la oferta que los chefs limeños de la comida novoandina recrean para sus clientes. Es una de las vetas de saber que la universidad antigua y moderna no concebía ni concibe como digna del nombre de saber y menos para ocupar el lugar de una facultad. Poco a poco la riqueza de saberes en la música, la danza, la vestimenta, la representación y la tecnología va recuperando prestigio para configurar una oferta de forma de vida valiosa. Hoy las identidades viven el hervidero de las redefiniciones. Todo implica que repensemos y redefinamos desde aquí lo que queremos que signifique progreso y desarrollo, sometiendo a crítica los contenidos que nos fueron impuestos y asumimos durante nuestra modernidad del siglo XX.

Ahora bien, la universidad pública es una institución poblada por los hijos de esos pueblos. A pesar de eso se ha resistido a asumirse como "multiversidad", o sea como universi-

dad de los múltiples saberes de los pueblos. Es la tarea ineludible de la hora para no dejar la solidaridad con esos pueblos reducida a piadosos sentimientos por más bullangueros y hasta violentos que puedan ser. Serán pasajeros como hasta hoy. En tanto que es permanente la complicidad con la homogenización cultural imperial.

Si concurrimos a la tarea colectiva de imaginar de nuevo el país y nuestra forma de vivir, gozar y sufrir, estaremos contribuyendo a refundar lo valioso, lo deseable, lo soñado como utopía. De allí nacerán los criterios éticos que funden la nueva política que los pueblos y sobre todo la juventud reclaman para que la convivencia supere su momento caótico y destructivo actual a fin de convertirse en espacio de la confianza y la amistad como valores supremos. La ética, subordinada por la modernidad a servir a la verdad, es en nuestra situación la única salvación de la verdad, del saber. Un nuevo proyecto político para la sociedad, una nueva utopía que abonan los desvelos de los pueblos, volverá a insuflar vida creadora a los ambientes universitarios y sus habitantes.

Si la política envileció a la universidad, solamente una nueva política le devolverá el encanto arrebatador de la mística del esfuerzo compartido en el estudio crítico de la civilización euronorteamericana dominante, de las civilizaciones asiáticas y africanas, y la investigación que rescate

del olvido los saberes despreciados y cree nuevos en diálogo con todos los pueblos del mundo. Solamente un nuevo proyecto de vida buena podrá ayudarnos a dejar atrás la rabia empobrecedora y destructiva actuales en calles y campos y la desgana confusión que se respira en las universidades.

5.2. Un aparato productivo multicultural para superar nuestra subordinación

Una de las cuestiones es, a partir de la investigación de lo que tenemos y somos, imaginar el aparato productivo que queremos construirnos para superar nuestra posición subordinada en los intercambios mundiales. Nuestro programa moderno planteó como eje de ese aparato la industria y, dentro de ella, pensó que la autonomía y la soberanía estatales estarían aseguradas si desarrollábamos la industria de bienes de producción o industria básica. Para ese fin sacrificó todos los demás sectores y regiones incluyendo la agricultura, pues, con alimentos importados baratos a precios de subsidio se favorecería la acumulación industrial. La consecuencia ha sido una ocupación-desocupación del territorio hoy a todas luces inviable. Todo eso se ejecutó y se cerró con una severa crisis que el neoliberalismo aprovechó para dismantelar lo avanzado y desacreditar todo esfuerzo industrializador. Ciclo que se ha cerrado con mayor polarización social y pobres tazas de crecimiento incompatibles con la promesa del modelo. ¿Cuál

es el aparato productivo con el cual imaginar de nuevo al país, integrado con los demás países andinoamazónicos y, por ese camino, logrando la superación de nuestra subordinación secular?

Desde la identidad sugerida que recoge la contundencia del nuevo rostro del país la universidad en sus mejores y más sensibles profesores y estudiantes empieza a concurrir a la recuperación del saber y quehacer productivo de los pueblos como matriz del nuevo aparato que queremos construir. Los encontramos en casi todos los rincones retomando la biodiversidad y la biogenética milenarias como base para alimentar las actividades agropecuarias y los procesos de industrialización derivados. En esas áreas el país coloca su nombre con frecuencia en los titulares de los medios de comunicación mundiales, a pesar de que el Estado no le dedica esfuerzo concentrado y planificado y la universidad pocas veces lo haga. La creación artística es el otro renglón potencial de oferta a los demás pueblos del mundo. El calendario de representaciones artístico-religiosas de los pueblos, donde la Fiesta de la Virgen de la Candelaria va a la cabeza, ya congrega los ojos del mundo interesado en descubrir la inacabable vena creadora de los seres humanos. Esta nueva manera de pensar nuestro aparato productivo significará naturalmente una nueva ocupación del territorio con la revalorización de la sierra y demás áreas marginadas actualmente en todas las regiones.

La integración con los otros países andinoamazónicos que nuestra modernidad no pudo alcanzar permitirá identificar y poner en marcha procesos productivos que requieren niveles de acumulación mayores.

5.3. Organizar el trabajo universitario para imaginar el nuevo proyecto de convivencia humana en el Perú y el mundo

Es a partir de supuestos como estos que procede repensar la organización del trabajo universitario y la estructura de la institución.

En primer lugar se trata de acompañar a los pueblos andinoamazónicos en la construcción del nuevo imaginario mediante las mejores energías creadoras de los estudiantes y profesores. No nos equivocamos si afirmamos que ellos, como el resto de peruanos, tienen hambre de sueños, de mito para relanzar sus trabajos para un nuevo proyecto de vida. Más aún muchos ya han comenzado a llevarlo a cabo. Si esto es cierto, entonces la primera necesidad de la formación universitaria es la que entrena a los integrantes de la universidad en la seria y leal crítica creadora de la herencia de la civilización dominante y en el procesamiento también crítico de los materiales que produce la vida de nuestros pueblos para devolverseles en el diálogo dentro y fuera de la universidad.

Para este fin, el trabajo exigente con las ciencias básicas y las huma-

nidades occidentales son vitales e ineludibles. Por lo tanto, la universidad debe pensar en superar su situación de federación de escuelas y facultades para recuperar un horizonte de trabajo compartido por todas las facultades y carreras, el horizonte de la construcción de la visión del mundo y de las cosas. En ese esfuerzo deben asentarse las especialidades posteriores y en ese horizonte cada estudiante definirá su destino ciudadano. Para ese efecto corresponde recuperar las experiencias que tiene la universidad durante el siglo XX. En época de desconcierto y confusión por carencia de mitos movilizadores y disciplinadores, la formación de la personalidad y el cultivo de las emociones requieren el trabajo crítico más exigente con las humanidades y las ciencias occidentales y la recuperación de los saberes despreciados por la colonialidad. Es lo que empieza a entenderse como el paso de la UNIVERSIDAD a la MULTI-VERSIDAD.

Solamente así puede pensarse de nuevo el papel de los estudiantes en el gobierno de la institución. El papel que juegan en esos organismos depende de la cultura política en la que participan. Los de la reforma universitaria de 1919 han dejado huella por su exigencia consigo mismos en los estudios y la exigencia consecuente con sus profesores. Muy lejos del facilismo que se instaló entre los estudiantes cuando predominaron en la política peruana los populismos de todo pelaje, particularmente los del Apra y la izquierda. Allí también

tenemos una historia que investigar para derivar las conclusiones que recomienden una fórmula innovadora que combine la necesidad de contar con su energía y la necesidad de elevar los estándares de formación académica e investigación.

Debe estudiarse las áreas de toma de decisiones en las que la presencia de los delegados estudiantiles es necesaria por vivificante y renovadora de la institución, las áreas en las que la responsabilidad corresponde a los profesores y las áreas que competen a profesionales de la gestión. Pienso, por ejemplo, que no tiene justificación ética el que los estudiantes participen en fijar los estándares académicos a los cuales ellos mismos tienen que someterse. Eso significa ser juez y parte e implica un potencial conflicto de intereses que no avala su participación. Mi hipótesis es que la vena ética del grueso de los estudiantes permitirá compartir criterios como este. Pero, repito, todo eso será posible si el liderazgo de los más exigentes de los mejores profesores les informa que todos estamos embarcados en una tarea digna de los más grandes esfuerzos. Aquí a fin de cuentas, como al comenzar el siglo pasado dijera Mariátegui, está el problema mayor de la universidad, la calidad ética y académica de los profesores de donde nutren su compromiso con ideales por el cambio social.

Una palabra sobre el financiamiento y la autonomía de la universidad. Es una constante que los gobiernos

apoyan la universidad pública cuando juega un papel en su proyecto político, lo que significa que tengan uno y que no se reduzca a servirse de la institución durante un tiempo para permanecer en el gobierno. Estamos hablando de un proyecto de país o de nación. Es explicable entonces que los gobiernos que hemos tenido hayan casi prescindido de la universidad, porque sus proyectos eran de apetitos personales y no del país.

Desde este punto de vista la universidad tiene que estar interesada en los proyectos políticos que plantean un esfuerzo de todos los pueblos por construirnos una civilización y no servir meramente como apéndices genuflexos para uso en el tablero internacional. Hoy tiene que estar interesada en la renovación de los actores políticos y alimentarlos con materiales para la construcción de proyectos que ganen el imaginario de los pueblos. A esos materiales hemos hecho referencia en párrafos anteriores. Particularmente urgente es el apoyo a los gobiernos regionales y locales de donde están emergiendo las nuevas capas que ensayan la representación política. Allí es donde se debe ejercitar positivamente la autonomía de la universidad. Diseñar sus proyectos de investigación y buscar socios para su financiamiento, entre los cuales están el gobierno nacional y regional y sectores privados interesados en aprovechar las oportunidades que se les abren en los horizontes de reconstrucción del país dentro de un nuevo proyecto.

Financiamiento en serio y no soluciones parches

Finalmente decirles a los estudiantes y profesores que el concepto de gratuidad de la enseñanza ha llegado a distorsiones inauditas. Con el igualitarismo en los pagos por los servicios que ofrece termina cargando injustamente sobre el presupuesto de las familias de los estudiantes de escasos recursos un peso mayor que lo que carga al presupuesto de las familias de otros estudiantes. Esto, sumado a la eliminación de becas integrales a los estudiantes sin recursos y de alto rendimiento, entroniza la injusticia donde se proclama la justicia. Ha devenido de esa manera en la más inequitativa de las características de la universidad. A decir de Zenón de Paz el “hijo del emolientero termina subsidiando al hijo del banquero”. Si los ingresos en la sociedad son desiguales entonces desiguales tienen que ser las obligaciones con el sostenimiento de la institución. Es la norma elemental de la equidad social. Por lo tanto, el hijo del banquero tiene que contribuir con mayores recursos que el hijo del emolientero. Esto se resuelve a nivel de la tributación general como el impuesto a la renta que deben pagar las familias de acuerdo a su renta, precisamente. La propuesta de que paguen los estudiantes que proceden de colegios particulares es una solución parche que pretende convertir a la institución educativa, en este caso a la universidad, en cobradora de impuesto a la renta. Esa función

le corresponde a la SUNAT. Y en el caso de extremos de carencia junto a talento y ética sobresalientes, es la institución y el país los que tienen que concurrir al sostenimiento integral del estudiante mediante las becas. Este es el camino para gratuidad entendida como medida de equidad social y de promoción de las y los

mejores estudiantes y profesores para beneficio de la universidad y del país. La universidad pública y San Marcos en particular ¿renunciará para siempre en ser universidad de todas las sangres y todas las culturas dando la espalda al sueño de uno de sus mejores profesores? La palabra la tienen ustedes.

* Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, con maestría en Ciencias Sociales y doctorado en Filosofía por la misma universidad. Es evaluador Par de CONCYTEC para proyectos de investigación en educación y miembro del Consejo Nacional de Educación, integrante de las comisiones de Aprendizajes y de Educación Superior.